

La modernización económica en China: ¿otra herejía?

Julio A. Díaz Vázquez

Profesor titular. Centro de Investigaciones de Economía Internacional. Universidad de La Habana.

La génesis de este artículo se encuentra en la evolución dispar que mostraron el proceso de modernización de la economía iniciado por China a finales de 1978, y el trágico destino de las «reformas» desarrolladas en la misma época, que concluyeron con el derrumbe del socialismo en Europa del Este y la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Los experimentos socialistas quedaron reducidos a la región asiática y al área caribeña.

Dentro de ese cuadro, China desempeña un papel de primer orden. Durante las dos últimas décadas del siglo xx y más allá del primer lustro del presente siglo, el país conoció un despertar económico-social de proporciones históricas. Según diversos analistas y sinólogos, el año 2006 reafirmó al gigante chino como un polo económico mundial. El crecimiento de la economía internacional en cerca de un tercio dependió del tirón de China al tercer lugar, en el comercio exterior planetario. La espectacular demanda del país de cemento, carbón, acero, aluminio, níquel, petróleo y soya; más el hecho de ser el mayor consumidor de hierro, estaño, zinc, platino y oro, lo hacen la «locomotora» que arrastra e influye en el rumbo económico del orbe.

El ímpetu radical de la economía y su dirección, y los visibles cambios en lo económico-social en China y Vietnam; los ajustes económicos ocurridos en Cuba y, en menor medida, en la República Popular Democrática de Corea, sugieren la formación de desarrollos socialistas alejados de las prácticas del «socialismo real». La formación de modelos propios de construcción socialista refuerza las tendencias en las pluralidades de cada país, en dependencia de las cambiantes realidades que parecen marcar los derroteros del nuevo siglo.

Sin embargo, hasta el presente, pocos textos han intentado —fuera de las referencias generales— sistematizar las singularidades que revistió, desde sus orígenes, el «experimento socialista chino», sobre todo en relación con el desarrollo y la aplicación del «modelo económico clásico soviético», designado así por el carácter generalizador que asumió en la literatura socialista ortodoxa.

Valgan dos salvedades: al hablar de China, tratamos de incursionar en una cultura que acumula la mayor continuidad histórica en la tierra, más de cinco mil años.¹ Por otra parte, el marxismo es resultado del desarrollo cultural de Europa occidental; su trasplante a China

dio lugar a una apropiación herética en medio de una sociedad campesina. El mérito de hacer que el «campo cercara a la ciudad» le correspondió a Mao Zedong. Por razones obvias, ambos problemas quedan fuera de este análisis.

Las tres grandes «herejías» ocurridas dentro de los primeros treinta años de existencia de la República Popular China (RPCh) resultan «paradigmas». El intento de acelerar el crecimiento, el desarrollo económico y otras tareas de la edificación socialista (1958-1961) se concretó en las «tres banderas rojas»: el «gran salto adelante», la «nueva línea política», y la formación de las «comunidades populares». Este experimento económico-social tuvo como denominador común colocar la «política en el puesto de mando».

Posteriormente, la Revolución cultural (1966-1976) hizo recaer la atención económico-social en la «lucha de clases». En cambio, las Cuatro Modernizaciones (1979-2006) enfatizaron en «lo que favorece el desarrollo de las fuerzas productivas», el «poderío integral del país», y lo que contribuía a «elevar el bienestar de la población». En estos apuntes intentaremos una primera aproximación a destacar las disímiles características que, desde sus inicios, dieron un «toque asiático» a la experiencia socialista emprendida por China a partir de octubre de 1949.

Los inicios de la construcción socialista: el modelo soviético y el «color asiático»

El establecimiento de las bases de la economía socialista en China presentó interesantes singularidades. Las confiscaciones al capital burocrático y a los dueños de industrias y comercios que huyeron del país; la nacionalización de las empresas extranjeras, bancos, ferrocarriles y grandes capitalistas nacionales; la aplicación de la reforma agraria que eliminó el feudalismo y los propietarios rurales ricos, así como la distribución de la tierra entre los campesinos pobres, constituyeron pasos que se ajustaron al patrón del programa socialista.

El peso relativo que en la producción de bienes de amplio consumo popular poseían los pequeños y medianos empresarios capitalistas llevó a implementar ciertas libertades de maniobra en este segmento. Sus producciones fueron asociadas a los requerimientos estatales mediante la compra de productos, el suministro de materias primas, los financiamientos, la participación en los beneficios, etc. Pero los dueños mantuvieron la dirección de las empresas; soluciones innovadoras, si nos atenemos al conjunto de experiencias aportadas por el «socialismo real».

Entre 1949 y 1952 transcurrió la fase democrático-burguesa en la experiencia revolucionaria socialista china.

La economía tomó un perfil mixto, al formarse un sector socialista (estatal), el cooperativo (capitalista-estatal), el privado, el individual artesano y el campesino; pero, con los objetivos propuestos de construir el socialismo, las prioridades tendían a los ramos estatales, considerados garantes del futuro y condición indispensable para reformar los demás sectores de la economía.

El dinamismo alcanzado en ese período facilitó la elaboración del primer Plan Quinquenal de Desarrollo Económico y Social (1953-1957), en el que se siguieron los patrones fijados por la práctica soviética: desarrollo industrial acelerado, con pivote en la industria pesada, y socialización de la agricultura. Asumido el modelo soviético, el Plan también tuvo otros contenidos más específicos. En 1953-1956 se nacionalizó el sector privado urbano; en su inmensa mayoría los propietarios pasaron a ser rentistas públicos. El Estado fijó los objetivos productivos, suministró materias primas y distribuyó la producción. Con esta peculiar solución, los dueños recibieron bonos que rentaban tipos de interés diferenciados.

En la agricultura, desde 1953, junto a los «equipos de ayuda mutua» integrados por varias familias que usaban en común las herramientas, animales y suelos, surgieron cooperativas que compartían la tierra, el trabajo, los equipos y otros aperos, aunque conservaron la propiedad de los medios empleados. En 1956, 96% de los campesinos y 90% de la tierra cultivada estaban en asociaciones productivas.² Sin embargo, la adopción del «modelo económico clásico soviético», estuvo, con sus particularidades, en la línea seguida por los países de Europa del Este. El otro referente, la autogestión yugoslava, por su inmadurez, parece no haber sido tomado en cuenta.

La práctica soviética se asoció a un «modelo social» contrapuesto al capitalismo que, en lo económico, político y social tuvo como anclaje tres fundamentos básicos. En lo económico, la propiedad estatal (social) sobre los medios fundamentales de producción incluía las cooperativas. En lo político, se impuso la dictadura del proletariado, luego asumida como «Estado de todo el pueblo», o hechura más desarrollada de democracia. En lo social, se eliminó la explotación del hombre por el hombre: provisión estatal para todo ciudadano, garantía de educación, salud, trabajo, vivienda, cultura, etcétera.

Los elementos político, económico y social se integraron en las instancias estatales y gubernamentales bajo la incuestionable subordinación al Partido. Como corolario, el proyecto socialista tejido en la URSS hizo de la ideología el factor integrador de las relaciones sociales. El funcionamiento de las instituciones iba de la esfera ideológica a la política y de esta a la economía.

La ideología se erigió en sostén del proyecto social y en aglutinadora política, económico-social y estatal.

En el orden práctico, la propiedad estatal (social) sustentó la formación de una dirección de la economía centralmente planificada; la actividad económica se regulaba mediante balances materiales y una asignación altamente centralizada de tareas y recursos. Este sistema empresarial integrado verticalmente a través de ministerios ramales excluía las relaciones horizontales fuera de las determinadas por el Plan Centralizado de la Economía Nacional.³

En este contexto, el mercado careció de todo atributo como entidad y como trasmisor de señales al productor para orientar la oferta y lograr ajustes racionales de la demanda. La economía planificada y el orden centralizado de la producción, junto con un prefijado nivel de consumo de la población, redujeron el intercambio mercantil a la esfera de los gastos individuales mediante la red comercial minorista.

La gestión económica tuvo un carácter administrativo, dadas las cantidades de recursos materiales; las relaciones de valor tenían una función nominal, y la moneda un papel pasivo. En lo formal, el «modelo» integró las relaciones monetario-mercantiles, aunque limitadas a la esfera de la distribución: servían para compatibilizar el fondo de consumo, los salarios y otros servicios, así como para equilibrar los ingresos de la población y los gastos del presupuesto estatal. No puede ponerse en duda que, en un empuje inicial, el modelo de dirección de la economía que echó raíces en la URSS permitió impulsar el desarrollo económico, incorporó en masa recursos naturales y humanos a la producción y facilitó industrializar nuevos territorios y sumarlos al progreso del vasto país.

Para explicar la razón de ser del modelo soviético, vale recordar las condiciones que reunía el territorio de la URSS para industrializarse sobre bases extensivas. El país disponía de ingentes recursos naturales —carbón, mineral de hierro, producción de cemento, etc.—, y fuerza de trabajo que, asociadas a las fuerzas productivas de la época, resultaban esenciales para desplegar procesos de industrialización. En lo referido a la tecnología, en las primeras décadas del siglo xx las disponibles en las principales potencias capitalistas (centro) del momento y en los Estados menos desarrollados (periferia), distaban mucho de los desniveles que exhiben en los inicios del siglo xxi.

Las posibilidades de movilización de medios materiales, mano de obra, más el empleo de tecnologías muy similares, facilitaron resolver en breve tiempo la «revolución industrial socialista», tarea que al capitalismo central le tomó más de una centuria. En última instancia, al subordinar y concentrar los recursos en función de

la industrialización, se retomó la experiencia dejada por el «comunismo de guerra» de 1918-1920.

En aquel trienio, todos los recursos materiales y humanos disponibles fueron dirigidos a aplastar la contrarrevolución y la intervención extranjera. Al centralizar los recursos y capacidades productivas del país, se logró en un breve plazo de diez o quince años hacer del Estado proletario, poseedor de una economía industrial-agraria muy atrasada, una de las potencias industriales de la época. En tanto, la coyuntura específica que enfrentó la URSS permitió que, una vez logrado el liderazgo de Stalin, florecieran las condiciones objetivas y subjetivas para el «modelo económico centralizado». Además, el crecimiento de la producción a altos ritmos y la liquidación del desempleo, trajeron agua al molino de las virtudes iniciales del «experimento soviético». Mientras, el capitalismo conoció su primera gran crisis general (1929-1933) y, con ella, la secuela de millones de desocupados y la caída de la producción. El socialismo engendrado por los soviets pareció revelarse como el enterrador del capitalismo.

A la vez, en el terreno práctico, la centralización basada en la proporcionalidad material, si bien permitió grandes maniobras, tendió a reproducir el desarrollo extensivo de la economía. Al entronizarse, cortó toda apertura hacia otros instrumentos de dirección y control macroeconómico-mercantiles. También la inmensidad del territorio soviético, más la hostilidad capitalista, resultaron factores que contribuyeron al aislamiento económico de la URSS del «mercado mundial». La necesidad de concentrar recursos para la guerra que desencadenó el fascismo poco después, más la reconstrucción de posguerra en la URSS —válido para los países socialistas del centro-este europeo, que siguieron el camino de industrialización acelerada— trajeron un nuevo aliento al modelo económico centralizado. También no pocos beneficios aportó, para darle vida al modelo, la ausencia del mercado, la falta de competencia y el aislamiento de la economía externa.

Al sintetizar las características medulares contenidas en la concepción *clásica* que China comenzó a instrumentar, debe recordarse que si en sus pilares básicos el modelo centralizado se trasplantó al país, no pocas de las particularidades en la formación de la estructura económico-social-socialista china contribuyeron a darle un «color asiático», junto con otros factores culturales muy específicos. El primer plan quinquenal arrojó resultados que tardarían casi veinticinco años en volverse a lograr. La renta nacional creció a un ritmo anual cercano a 9%; la producción industrial a 18% y la agricultura a 4,5%. Los precios mantuvieron una positiva estabilidad, lo cual proporcionó una sensible mejoría en el nivel de vida de la población. Estos éxitos no

estuvieron exentos de costos sociales y económicos; entre otros, los elevados impuestos, los bajos precios, y el gravamen de 80% del fondo de inversiones al sector agropecuario, la densidad demográfica que obstaculizó la mecanización agrícola, y el éxodo poblacional del campo a la ciudad.

En su proyección histórica, es posible aproximarse a los acontecimientos que pronto comenzaron a hacerse visibles y que agitaron a China en los veinte años posteriores. Los prolegómenos de esta nueva etapa tendrán su manifestación después del VIII Congreso del Partido Comunista Chino (PCCh), en septiembre de 1956. Aunque este evidenció matices dentro de la unidad, aprobó, entre otros documentos, las propuestas para el Segundo Plan Quinquenal, además de adherirse a la condena al «culto a la personalidad de Stalin», realizada en ese mismo año.

Sin embargo, según diversos sinólogos, existían sutiles diferencias que palpitaban entre telones en la cúpula del PCCh. Una favorecía la modernización mediante las experiencias, la ayuda material, científica y técnica que ofrecían la URSS y los países socialistas europeos; la otra abogaba por acelerar el proceso de cambios económico-sociales recurriendo a la movilización masiva de la población (se calificó con posterioridad como línea de «autosostenimiento» o de apoyo en las propias fuerzas). Mao y otros dirigentes serían los abanderados de la segunda ruta.

El camino de la aceleración (o de quemar etapas), sostenido por Mao y sus seguidores, no logró la aprobación del Congreso. El plan 1958-1962 mantuvo, en lo esencial, el mismo rumbo estratégico seguido hasta ese momento, el del ya probado «modelo clásico soviético». Pero los propuestos altos ritmos en los crecimientos productivos chocaron, entre otros obstáculos y limitaciones, con la escasez de recursos de inversión; el excedente aportado por la agricultura no alcanzó los montos esperados. No obstante, los avances económicos, así como la labor en las reuniones, conferencias y encuentros partidistas, sirvieron para justificar la ofensiva maoísta que fue aprobada en enero de 1958, durante la segunda sesión plenaria del VIII Congreso.

La primera «herejía»

En esta etapa, aparecerá en China una nueva ortodoxia socialista, una «herejía de izquierda»: el Gran Salto Adelante. La consigna de que el desarrollo económico quedara concentrado en «veinte años en un día» se conjugó como la generalización de las comunas populares. El año 1958 marcó un nuevo derrotero en

el devenir de la sociedad china, con el paso a la línea propugnada por Mao.

En abril de ese año, 43 000 campesinos de la provincia de Hunan, integrantes de veintisiete cooperativas agrícolas, decidieron agruparse para cultivar mejor la tierra, construir industrias locales, cavar canales de riego, trazar caminos, levantar escuelas, etc.; en una palabra, avanzar hacia «rápidos progresos en las áreas económicas y sociales». La revolucionaria asociación fue bautizada con el nombre de *Sputnik*. El 7 de agosto se publicaron sus estatutos; el 29, el Pleno del Comité Central del PCCh adoptó la «Resolución Histórica» que festejó su nacimiento, y deseó la multiplicación de las comunas populares.

Estas constituyeron un Estado-miniatura. Su régimen financiero era dominado desde el gobierno central. Las comunas controlaban las relaciones con el exterior, así como el «sector nacionalizado»: depósitos de maquinarias, talleres de reparaciones, pequeñas industrias auxiliares, etc. En las instancias inferiores, se delegaron responsabilidades en las brigadas (prefecturas) que supervisaban los equipos de base (municipalidades).

La planificación y el control centralizado de las empresas se redujeron hasta 27%; la mayoría de las unidades productivas quedaron sujetas a las autoridades locales, regionales o provinciales. La lógica consistió en que el crecimiento económico acelerara la revolución social, todos los sectores de la producción tendrían misiones iguales, con atención especial a la agricultura. Los objetivos inversionistas no se centraron en grandes unidades; se enfatizó la promoción de tendencias igualitarias en las fábricas (y fuera de ellas), para conjurar la aparición de diferencias en lo social entre los obreros, campesinos y otros grupos de la población.

Antes de finalizar 1958, unas 740 000 cooperativas agrícolas desaparecieron, para dejar lugar a 26 000 comunas. Cada una agrupó, como término medio, unas cinco mil familias. En lo orgánico y estratégico, parecieron constituir unidades básicas de la organización del Estado y la sociedad chinas. Su funcionamiento abarcó, de modo integral, aspectos económicos, sociales, políticos e incluso militares.

El desempeño económico de 1958-1962 manifestó rasgos dispares al tratar, por una parte, de conjugar elementos de racionalidad económica y, por otra, sustentar las medidas aplicadas en la economía en factores subjetivos, ideológicos y movilizados. Ello llevó al fracaso del plan quinquenal. El balance del Gran Salto indica que redujo el ritmo de crecimiento de la renta nacional hasta 3% anual; la producción agrícola cayó (4%); y se agudizó la diferencia estructural de la economía. En lo humano, quedó la tragedia de la hambruna

con un saldo de muertes estimado en unos treinta millones de personas.

Las deformaciones de esa política fueron sometidas a rectificación en un período de «reajuste-consolidación-complementación» entre 1962 y 1966, y condensadas en el llamado a «caminar sobre las dos piernas». Se propugnó un crecimiento más equilibrado de la industria y la agricultura.⁴ El igualitarismo imperante en las comunas se debilitó en favor de mayores incentivos materiales a la producción; y los campesinos recibieron autorización para explotar parcelas individuales.

El pragmatismo que pareció imponerse en el ordenamiento económico del país tuvo como cabezas visibles a Liu Shao-qui, Deng Xiaoping y Zhou En-lai como presidente de la República, secretario general del Partido y primer ministro, respectivamente.

Fuego al Cuartel General

Sin embargo, desde su cargo de presidente del PCCh de 1962 a 1965, Mao emprendió la crítica a las políticas económicas aplicadas, en particular en la agricultura. Enfiló las diatribas contra la cierta autonomía concedida al sector y al cultivo de las parcelas individuales por los campesinos. Denunció una supuesta «facción burguesa» en el Partido que procuraba volver al capitalismo, al abogar por el empleo de mecanismos y palancas mercantiles e incentivos materiales.

En lo formal, la señal para el despliegue de otra «herejía revolucionaria», de signo más izquierdista, la dio un *dazhibao* (periódico mural) colgado en las paredes de la Universidad de Beida, Beijing, en junio de 1966. El 5 de agosto, Mao colocó en la puerta del Comité Central su propio *dazhibao* cuyo título «Bombardead el Cuartel General», resultó todo un programa. De inmediato se acometió una virulenta cruzada contra cuadros del Partido y dirigentes estatales acusados de defender y fomentar la línea capitalista. Los primeros purgados fueron Liu Shao-qui y Deng Xiaoping.

La punta de lanza de la «ofensiva de las masas» destapada por la Revolución cultural, recayó en los guardias rojos, destacamentos de la juventud seducidos por el culto a la personalidad de Mao. El radicalismo doctrinal izquierdista instaba a combatir lo «antiguo y burgués». A fines de 1967, una vez borrada la oposición dentro del Partido, y consolidados los dictados y el lugar protagónico de Mao, se procedió a la reordenación social, al ajuste de la economía a parámetros de «naturalización» y a eliminar los elementos monetario-mercantiles. Las avanzadas de los guardias rojos fueron desarticuladas; la gran mayoría fue enviada al campo.

La economía experimentó un duro retroceso de 1966 a 1968. Los aspectos económicos quedaron supeditados a la ideología y la agitación de las masas, la «lucha de clases» constituyó el centro de los cambios económico-sociales. La planificación fue desarticulada, los comités de fábricas del Partido desplazaron a los gerentes y los resortes monetarios e incentivos materiales fueron casi liquidados.

Los vínculos empresariales se naturalizaron y las relaciones de mercado se anularon en la práctica. En la agricultura, retornó el colectivismo de las comunas; las áreas cultivadas privadas disminuyeron de 15% a 5%. Los mercados-bazares y ferias libres casi desaparecieron, aunque resultó paradójico que la industria rural fuera estimulada como complemento de las actividades agrícolas.

En el terreno científico-académico, las políticas entronizadas tendientes a acelerar la construcción socialista, primero mediante el Gran salto, y luego con la Revolución cultural, dieron al traste con las ciencias económicas entre 1958 y 1975. La «política en el puesto de mando» se impuso como método y guía práctica para las soluciones económicas. Más tarde, al tomarse como base la «lucha de clases», se generalizaron en las ciencias sociales los métodos políticos. Primó la tendencia a simplificar, absolutizar y llevar a esquemas carentes de contenido los temas de la economía política del socialismo y los planteamientos teóricos de los clásicos del marxismo.

Tampoco escapó esta etapa del desarrollo económico-social de China a la entronización de las virtudes, en mucho inspiradas en el «período heroico de Yenan»; y se patentizó el llamado «modelo maoísta», propulsor ideal de un «socialismo ascético». Mao escribió acerca de cómo la pobreza suscitaba el cambio y avivaba la revolución. El pobre era como un libro blanco donde los caracteres más amenos y hermosos podían ser escritos, así como pintar cuadros frescos y bellos. Esta peculiar teoría justificó el envío de intelectuales y ciudadanos al campo para aprender las «virtudes proletarias». Parecería que la felicidad y la pureza podrían encontrarse en el «país de las hormigas de azul»; calificativo dado al pueblo chino durante mucho tiempo, por llevar hombres, mujeres, jóvenes, viejos y niños prendas iguales: pantalones y chaquetas de color añil. «Modelo» que la ultraizquierda identificó como antípoda de la ortodoxia del socialismo real.

Respecto al comportamiento económico, la caída de la producción en el orden de casi 14% en 1967 y de 5% en 1968 patentizó el retroceso. La agricultura decreció cerca de 3%; solo los sectores vinculados con la defensa y la industria espacial mostraron desempeños positivos. En 1964, China explotó su primera bomba atómica, y en 1970 puso en órbita el primer satélite.

El cuarto Plan quinquenal (1968-1972) relanzó las tareas económicas: la tasa de acumulación fue de 37% de la renta nacional; el incremento del Producto Interno Bruto se fijó en 6% anual. El auge de la industria pesada en el período fue de casi 15% por año. Las tasas de crecimiento medio de la producción industrial reflejaron las oscilaciones e intermitencias que aquejaron a la economía entre 1956 y 1975. Si en 1953-1957 la industria pesada había crecido en 25% y la ligera en 13%, en 1975 los incrementos resultaron de 1% y 2%, respectivamente.

Los planes quinquenales cuarto y quinto intentaron estabilizar el desarrollo económico y paliar la irracionalidad del remolino tormentoso de los años de la Revolución cultural.⁵ En este tiempo se trató de estimular la producción combinando en algo la sensatez económica con la movilización social en torno a los objetivos productivos.

Emprender una valoración de todos los sucesos desencadenados por la Revolución cultural no puede obviar que esta gigantesca agitación social de masas, al margen de los retrocesos económicos, implicó un alto costo humano. No existe, o no se conoce, un balance oficial exacto de esta etapa de la construcción socialista en China, pero diferentes estimados han sugerido que no menos de cien millones de personas vieron sus vidas complicadas por aquella vorágine, y presumiblemente decenas de millones resultaron víctimas fatales.⁶

Por último, la muerte del Gran Líder, en septiembre de 1976, trajo un período renovador en todo el entramado económico-social. El interregno 1976-1978 constituyó un momento de transición en el afianzamiento de las fuerzas políticas que pugnaban por impulsar transformaciones en el curso económico, social y político de China. En ese intervalo aparecieron los síntomas que propiciarían el florecimiento de nuevas «herejías», que vistas en relación con la tradición ortodoxa soviética, clasificarían como de derecha.

Se inicia la modernización

Al fallecer el Gran Timonel, el designado Hua Kuo-feng, su cercano colaborador en sus postreros años, pareció perfilarse como su sucesor. Al mismo tiempo, se exacerbaban las discrepancias en el seno del Buró Político del PCCh en torno al liderazgo que trató de mantener la llamada Banda de los Cuatro, nucleada alrededor de la viuda del finado. Este cuarteto resultó la cabeza visible de las tendencias más extremistas de quienes pugnaban por continuar la política maísta.

El plan de la economía (1976-1980), inspirado en las prioridades otorgadas a la reanimación económica, quedó semiparalizado por las incertidumbres y reajustes

políticos desencadenados luego de la desaparición de Mao. En lo social, este panorama se complicó por las devastadoras secuelas del gigantesco terremoto que azotó varias zonas industriales del país en 1976.

En lo político, a la eliminación de la Banda de los Cuatro, la sustitución de Hua Kuo-feng y el ascenso a la Secretaría General del Partido de Hu Yaobang, le siguió la rehabilitación, en 1977, de Deng Xiaoping.⁷ Había salido a flote en 1973 al ser nombrado viceprimer ministro y jefe del Estado Mayor del Ejército y vuelto a apartar del poder en 1976, tras la enorme manifestación en la Plaza de Tiananmen en defensa de la memoria de Zhou En-lai. Estos eventos, en su conjunto, proyectaron renovadores horizontes en el devenir político-económico-social de China.⁸ Quedó así despejado el camino para que en la Segunda Sesión de la IX Plenaria del Comité Central (diciembre de 1978) fueran resumidas tanto las experiencias positivas como negativas experimentadas en la senda socialista. Además, se aprobó la propuesta de Deng Xiaoping de realizar la restauración socialista del país, en alrededor de cien años, al surgir la nueva China en 1949.⁹ El cónclave sancionó las bases y direcciones de las Cuatro Modernizaciones, proyecto que había propuesto, sin éxito, Zhou En-lai en 1964 y 1975.

Sin embargo, no puede pasarse por alto que a fines de los años 70 del siglo xx, en China concurren factores internos, externos, políticos y económicos que favorecían y a la vez hacían impostergable el proceso modernizador. El país afianzó un Estado soberano que, por primera vez en miles de años, logró la unificación nacional, y poseía un peso y un importante reconocimiento internacional. Pero, con independencia de los ambiciosos objetivos y de los logros en la construcción económica, a mediados de los años 70, China clasificaba como un país pobre, atrasado y subdesarrollado. En 1978, la renta *per capita* representaba 10% de la de la URSS y 2% de la de los Estados Unidos. Se admitía oficialmente que casi cien millones de personas no disponían de suficientes alimentos; vivían al borde del hambre. En determinados índices, el país mostraba deterioros respecto a los de mediados de la centuria.

Para encarar los objetivos trazados, China no optó, como veinticinco años atrás, por volver al «modelo centralizado». Quizás, en su contexto histórico, sea válido conjeturar que la visión y experiencia personal de muchos de sus dirigentes estatales y partidarios, parte del hecho de haberse capacitado en la URSS; pero los acercamientos y distanciamientos político-económicos compartidos en la conducción socialista, aportan ahora suficientes elementos para desechar, como alternativa renovadora, los modelos europeos de socialismo. Tampoco puede descartarse que en ese momento el

China entra de lleno en la sociedad globalizada y se enfrenta al reto de absorber el acervo técnico-cultural-institucional mundial, sin perder la ancestral fisonomía de su muy especial cultura. El siglo XXI verificará si está ante una amenaza o un desafío social sin precedentes en su historia.

modelo soviético mostraba efectos administrativos paralizantes, refractarios a toda renovación, a lo que se sumaban las tendencias burocráticas contenidas en la subordinación de las empresas a rígidos esquemas verticales, erigidos en sólidas barreras que entorpecieron la asimilación de las nuevas tecnologías, así como el estímulo de iniciativas innovadoras; es decir, esas estructuras de gestión cerraron el paso al desempeño de verdaderos «hombres dinámicos socialistas».

Por ello, no resultó un fenómeno aislado que cada cierto tiempo (cinco-diez años) el funcionamiento de las economías socialistas del entorno europeo se viera abocado a reformar los mecanismos económicos aplicados y modificar los indicadores y apartados contenidos en el Plan de la Economía Nacional. Como en la URSS, se argumentó que estas economías experimentaban la urgencia de transitar hacia métodos intensivos de desarrollo y crecimiento económicos.

Acerca de los cambios en la planificación, la administración territorial, la dirección de la economía, los sistemas de incentivos, etc.; o las desviaciones en el funcionamiento económico que las reformas paliaban, a fines de la década de los 70 comenzó a prevalecer el consenso, aceptado por muchos estudiosos del socialismo, de que las causas raíz de los conflictos y desproporciones radiaban esencialmente de la organización y comportamiento del propio «modelo».

De conceder cierta validez a estas ideas, resalta que, por el contrario, en el contexto geográfico de China había suficientes exponentes de modelos de economías dinámicas, con un activo protagonismo estatal en los asuntos económicos, su dirección y su gestión, ancladas en eficientes mecanismos mercantiles y en la prioritaria orientación al mercado mundial, aunque portaban, de una u otra forma, abundantes ingredientes autoritarios.

En su arranque inicial, las medidas tomadas para llevar adelante la renovación económica persiguieron dos objetivos principales: por una parte, la descentralización de la economía y, por la otra, la apertura al exterior, que puso fin al aislacionismo internacional que había sido su signo durante cientos de años. Además, la meta de modernizar la economía y la sociedad china llevó a adoptar e implementar importantes cambios institucionales y económicos. Se iniciaron por la agricultura, para luego extenderse al resto de las ramas

y sectores: la industria, el comercio interior, las finanzas, la banca, la esfera fiscal, las empresas, los servicios y el comercio exterior. Pero el viraje más espectacular ocurrió en la apertura al mundo: fueron incorporadas las inversiones extranjeras directas (IED) a la estrategia de modernizar la economía. Quizás el elemento más novedoso lo constituyó la diversidad de asentamientos geográfico-espacial-económicos para las IED surgidos en los años 1979-1995. Este segmento cuenta con Zonas Económicas Especiales (ZEE), Zonas de Desarrollo Económico y Tecnológico (ZDET), Zonas Libres de Derechos Aduaneros (ZLDA), Zonas de Desarrollo Industrial de Altas y Nuevas Tecnologías (ZDIANT) y Ciudades y Puestos Fronterizos Abiertos.

Por otra parte, en la dirección y gestión de la economía se practicó, entre 1979 y 2006, de una manera gradual —sin excluir retrocesos temporales—, una consecuente orientación mercantil. Se planteó la necesidad de actuar en correspondencia con las leyes económicas —en particular la del valor— y prestar la debida atención a la combinación del trabajo ideológico-político con los mecanismos económicos. Igualmente, se procedió a separar el Partido y la administración y se implementó la responsabilidad por los niveles de dirección, y fueron reforzadas las atribuciones de los organismos y del personal administrativo.

Un paso fundamental en la senda para perfeccionar la gestión empresarial en la industria consistió en liberar a las fábricas de las cargas de la seguridad social. En China se universalizó, como los «tres cuescos de hierro», la garantía que las empresas ofrecían de por vida al obrero: salario, puesto de labor y seguro social, incluida la vivienda. Esta nueva fase en la modernización debía conducir a las entidades a comportarse según las reglas de un mercado socialista.

Importante cometido cumplieron las experiencias iniciadas en la agricultura en la creación del entorno idóneo para la entrada de las relaciones de mercado en la industria. En ello contaron las leyes y disposiciones que garantizan los derechos de las firmas estatales que, sin prisa, pasaban a otras reglas de juego, a las que se agregó la seguridad que la Constitución y las leyes promulgadas daban al inversionista extranjero para la radicación nacional de capitales externos. Entre otras, se incluyeron innovaciones en los mecanismos de

planificación, papel y lugar del plan, así como enfoques novedosos para las políticas fiscales, de precios, y monetario-financieras. En el sistema bancario, más que reforma, se adoptó un nuevo orden tributario dirigido a redistribuir y racionalizar la dimensión y funciones estatales, así como a otorgar mayores atribuciones a los eslabones inferiores de la administración estatal.

El peso relativo que fue adquiriendo el mercado como ámbito de venta y compra de las empresas, impulsó el empleo de controles macroeconómicos por parte del Estado. Ganaron espacio instrumentos como el crédito, los impuestos, las medidas fiscales, etc. Prácticamente se había llegado a una plena liberalización en la circulación, asignación y empleo de los recursos productivos; excepto para un exiguo número de renglones, los precios salieron del control planificado. El Plan, como categoría primaria, y el mercado, como lo secundario —con el propósito intermedio de que el Estado regulaba el mercado, y este a las empresas—, tuvieron en el tránsito hacia una «economía de mercado socialista» su corolario definitivo.

Canalizar las demandas que reclamaban los avances en la modernización de la economía implicó extender las reformas en curso. Las innovaciones abarcaron todas las ramas y sectores económicos. La infraestructura mercantil en ciernes exigió reestructurar y modernizar el sistema bancario, desarrollar los mercados internos de capitales, aplicar un nuevo ordenamiento impositivo, introducir variaciones en el contenido e instrumentar políticas más flexibles. El objetivo de estas era alcanzar un control monetario más desarrollado, dependiente, en lo fundamental, de elementos primarios o indirectos. La remodelación bancaria también contó con la presencia de agencias extranjeras de variadas formas.¹⁰

Las modificaciones introducidas en el área financiera se ajustaron, aunque con imprevistos de variadas raíces, a los mismos principios generales que han regido el proceso de modernización y apertura de la economía. Los cambios han ocurrido de forma gradual, signados por el experimento en zonas de ensayo antes de generalizarse; transcurrieron y se mueven hoy por etapas y niveles; es decir, la difusión a todo el territorio nacional ha tenido lugar después de haberse comprobado su eficacia.

Sin embargo, los sucesivos cambios en el empleo del instrumental financiero que comenzaban a influir en el desempeño económico, no estuvieron exentos de imperfecciones y otros errores. Quizás, la mayor carencia que puede aducirse acerca del nuevo orden que emergía en la esfera monetario-financiera, de manera general, es haber marchado un tanto a la zaga de los cambios que iban sucediéndose en otros sectores de la economía. La novedad, asincronía, magnitud,

complejidad de las variaciones en proceso, junto a la falta de una arraigada cultura mercantil, influyeron con fuerza en el relajamiento de los recién estrenados controles financieros. Estos eventos cayeron en terreno fértil para que se hicieran visibles serios problemas macroeconómicos, generadores de amenazas para el sector bancario y el joven sistema financiero. En última instancia, por sus implicaciones sociales, llevarían a riesgo la estabilidad política del país. Entre los problemas, sobresale la dimensión de los préstamos no recuperables de los bancos comerciales, así como la persistente corrupción.

En lo relativo a la hacienda pública en China, el «modelo económico centralizado» no dejó vestigios utilizables en la reordenación del orden fiscal o en la estructuración de una política tributaria. Tuvieron que transcurrir varios años de avances palpables en los cambios que modificaban el funcionamiento de la economía —agricultura, inversión foránea, etc.— para que fueran ganando espacio las relaciones monetario-mercantiles, y todo lo concerniente al tesoro público adquiriera relevancia.

El Servicio Nacional Impositivo tomó a su cargo, de manera integral, el cobro de los tributos fiscales y la creación de una variada y racional gama de impuestos. Los gravámenes indirectos elevaron su peso; se redujo la recaudación por concepto de ingresos personales, mientras aumentaron la participación de las cuotas empresariales y los tributos sobre los bienes, los servicios y el comercio internacional; fue reforzada la función administrativa fiscal del nivel central y disminuyó la interferencia de las autoridades locales.

Se ampliaron los derechos aduaneros, los que, en la práctica, no habían desempeñado papel alguno en la política fiscal del modelo centralizado; y a la vez sufrieron en los últimos años sensibles ajustes para acercarlos a las corrientes de la economía internacional, en especial después de la adhesión de China a la Organización Mundial del Comercio (OMC). Sumadas estas cargas a las anteriores, conforman cerca de 95% del total de los ingresos impositivos.

La organización del novísimo sistema fiscal ha tenido que ver con la complejidad administrativa de China. El país está integrado por instancias centrales, provinciales, regiones autónomas, municipios, cantones, prefecturas autónomas, distritos, aldeas, áreas urbanas y suburbanas, cantones de nacionalidades, etc. Las relaciones financieras se desarrollan mediante una complicada madeja de principios constitucionales, leyes, orden, costumbres y contratos intergubernamentales de diversa índole.

Finalmente, la experiencia acumulada en más de un cuarto de siglo, desde que China emprendió las «cuatro modernizaciones», muestra que ha logrado incorporar

el mercado al desempeño económico, con presencia mayoritaria de la propiedad pública en los sectores prioritarios, sin la privatización masiva como sostén básico. Conformó indicadores monetario-mercantiles para sustentar el control, la gestión y dirección de la economía, donde las palancas macroeconómicas ganaron categoría principal en el desplazamiento del Plan, la subordinación vertical y la organización ramal, como instrumentos directivos de lo económico-social.¹¹

La síntesis del proceso modernizador chino durante los pasados más de cinco lustros evidencia los espectaculares cambios operados en el sector externo. En 1980, China ocupó el lugar 30 en el mundo; en 2006, el tercero; por el monto de la exportación-importación ascendió al tercer orden en la economía internacional. En lo exportado, las manufacturas constituyen más de 90%, aunque las empresas formadas con IED aportan 60%. Entre 1979-2006 el PIB creció a un ritmo promedio de 9,7%; y por su volumen constituye el cuarto del orbe.

Sin embargo, según cifras oficiales, el PIB *per capita* del país no rebasa los 1 650 dólares anuales; aunque computado en términos de la paridad del poder adquisitivo (PPA), los estimados lo sitúan por encima de los 3 500 dólares. Por ello, China argumenta con fuerza que, en conjunto, aún debe ser incluida en los países en vías de desarrollo.

¿A dónde va China?

Con una alta cuota de objetividad, puede afirmarse que hasta cerca de 1980, en China prevaleció una relación que pudiera designarse de «verticalidad», en la cual la impronta Partido-Estado-individuo había adquirido una elevada dosis reguladora. La sociedad parecía reflejar un carácter homogéneo y uniforme. Predominaba una estructura igualitaria, tenida por equitativa, dentro de un sistema político jerárquico y altamente concentrado en las instancias de poder.

En lo económico, resultaba prioritaria la excesiva centralización. Los miembros de los diferentes sectores laborales —obreros y empleados— carecían de movilidad y, por lo regular, el lugar de trabajo era intransferible y vitalicio, además de estar muy segmentados. La sociedad, prácticamente, estaba cerrada al exterior. El auge económico en los sectores que entraron en la modernización y después en la superación del modelo aplicado hasta entonces, trajo prosperidad y mejoría en el bienestar de millones de personas. A la vez, mostró el lado amargo de la frustración para las generaciones que miraban al pasado y sentían que el mundo «ideológico» al que habían entregado sueños y esfuerzos desaparecía a ojos vista.

Es comprensible que los cambios estructurales que se sucedieron, la movilidad social, la libertad individual para emprender iniciativas económicas, las expectativas de un futuro más prometedor para amplios grupos de la población, dieron motivos a que determinados estamentos sociales sintieran cierta sensación de descontrol y pérdida de los valores prevalecientes hasta entonces. Pero en lo social, la humanidad no conoce experiencia anterior en lograr la erradicación de la pobreza en la magnitud y tiempo en que se ha logrado en los últimos veintisiete años en China. En 1978, la población pobre —la que obtiene unos 85 dólares anuales según normas nacionales (200 dólares según el Banco Mundial)—, oscilaba entre los 250 y 265 millones de personas. Según datos oficiales, esta cantidad ha quedado reducida a unos 21 millones; concentrados en grupos residentes en las zonas más apartadas y montañosas del país. Sin embargo, uno de los temas recurrentes cuando se trata de visualizar toda la conmoción en el entramado social que acarrió la modernización económica se relaciona con dos fenómenos paralelos.

El primero, los grandes desplazamientos humanos. El flujo migratorio, compulsado por disímiles factores, sigue las pautas del mercado. Se trata de grupos heterogéneos formados por jóvenes, con predominio de varones, aunque las mujeres cuentan con ventajas para hallar empleo doméstico, en los servicios, la industria ligera, etc. En general, poseen un bajo nivel educativo; están fácilmente disponibles, aceptan condiciones más duras de trabajo y quizás uno de sus rasgos más peculiares es su carácter estacional.

El segundo, la marejada migratoria tiene impactos positivos en los lugares de origen. Disminuye la densidad de población y reduce el contingente de desocupados o subempleados. Cuando envían dinero a los familiares originan fines de doble carácter, mejora el nivel de vida de los parientes y contribuyen a fomentar actividades de tipo artesanal o semindustrial. Lo negativo: al abandonar de forma permanente el cultivo de la tierra, afectan la producción agrícola.

El sucinto recuento del tráfico poblacional interno en China tiene otras aristas. Los inmigrantes suponen una mano de obra primordial para el desarrollo de las zonas urbanas en crecimiento y para el progreso económico y social. Ofertan trabajo manual barato y, casi siempre, sin seguridad social, lo que se traduce en menores costos para las empresas. Se emplean, en su mayoría, en el sector privado y no en el público, «reservado» para los habitantes locales. Son un factor de competencia para los ocupados en el sector estatal.

Por otra parte, el impetuoso crecimiento de la economía ocurre de modo desigual. Las aéreas costeras, y fundamentalmente las provincias sureñas, acusan un

dinamismo económico y social que contrasta con el secular atraso de las regiones del centro y oeste del país. El proceso de desarrollo económico no ha disminuido esas diferencias. Por el contrario, se han acentuado los desequilibrios territoriales y, como resultado, aparecen mayores desigualdades sociales.

En la esfera laboral surgió un fenómeno desconocido dentro del funcionamiento del llamado «modelo maoísta». Con la generalización del mercado se ha conformado un ejército industrial de reserva, que algunas fuentes oficiosas —prescindiendo del posible grado de exageración— fijan en unos 30 a 50 millones de personas; esto, con independencia de que las estadísticas oficiales hacen oscilar el desempleo en las zonas urbanas en 4-5% (8-10% para otras fuentes) de donde quedan excluidas las áreas rurales.

También pesa de modo negativo que los avances económicos hayan venido acompañados, en lo social, de una corrupción que, en la práctica, toca todas las esferas de la sociedad, incluyendo la política. El comercio de influencias, las malversaciones, la participación en redes de tráfico, el nepotismo, la evasión de impuestos, las construcciones ilegales, la desviación de fondos del presupuesto, el establecimiento de negocios ilícitos, se encuentran entre las más habituales formas de prácticas corruptoras.

Pero también adquieren amplia difusión otras formas de delitos y violaciones legales. La elaboración, distribución y venta de drogas alcanzan considerables niveles, junto a la prostitución, el juego y las actividades criminales. A este flagelo se une el creciente secuestro y comercio de mujeres y niños y el contrabando interno e internacional de personas. Aunque las penas para estas y las anteriores infracciones son duras, su proliferación causa alarma entre las autoridades gubernamentales y partidarias, que ponen en práctica severas medidas de seguridad e intensifican su persecución.

Tampoco el medio ambiente quedó al margen de los influjos trastrocadores de la modernización. Se enfrentan problemas como la contaminación de ríos y mares, la disminución del agua potable, el incremento de la polución, los ruidos, el aumento de desperdicios sólidos, la degradación de los suelos y la reducción de las tierras de laboreo (1-3 millones de ha al año), los cambios climáticos y los efectos de los desastres naturales.

Una conclusión parece obvia: la remodelación (revolución) económica tira de la sociedad china en todas sus vertientes —económicas, políticas y sociales. Sus efectos variopintos y contradictorios hacen más diversificada y dinámica la estructura social en relación con los «experimentos» que condujeron a las «comunidades» o a los desenfrenos extremistas de la Revolución cultural.

En fin, los anales de la nación constatan ahora un desarrollo económico sin parangón, una apertura externa sin referentes en el pasado, ritmos de bienestar más abarcadores para amplios sectores de la estructura económica —sin vaticinios exactos— y una mayor libertad e independencia ciudadana. Lo que presagia que China entra de lleno en la sociedad globalizada y se enfrenta al reto de absorber el acervo técnico-cultural-institucional mundial, sin perder la ancestral fisonomía de su muy especial cultura. El siglo XXI verificará si está ante una amenaza o un desafío social sin precedentes en su historia.

Al intentar desprender deducciones de contenido práctico, o que adquieran un vuelo generalizador de lo acaecido en la economía de China entre 1949 y 1978, y en especial durante la etapa modernizadora de 1979 a 2006, algunos hechos constituyen evidentes muestras de «herejías de izquierda». Sin dudas, el Gran Salto y la Revolución cultural califican como violaciones del desarrollo natural del socialismo conocido en la historia económica, legada por la existencia socialista en el corto siglo XX.

Sin embargo, a la luz de los mismos postulados, el ciclo modernizador de la economía acometido por China clasifica como otra «herejía», aunque esta cae en el otro extremo, a la «derecha». No obstante, el propio curso y la experiencia renovadora china confirman, después de haber asistido al naufragio del modelo económico centralizado gestado en la URSS, y los aplicados en el centro y este europeo —incluida la autogestión yugoslava—, que las economías socialistas que el «viejo topo» desechó, o las existentes, carecieron, en sus mecanismos de dirección económica, de propiedades genéticas autocorrectoras.

La deducción resulta obvia. Una mirada retrospectiva a la realidad del socialismo conocido haría comprensible que, al nivel de las fuerzas productivas actuales, la sociedad está distante de poder enviar el mercado, junto con la rueca y el telar manual, al museo de la historia.

En los resultados que arrojan los avances económicos logrados por China tampoco pueden menospreciarse la situación geográfica y los elementos culturales. El país acumula una vida cultural y aldeana de miles de años, donde la estructura y la tradición familiar desempeñan importantes papeles. La región asiática posee la economía más dinámica del planeta; crecer y desarrollarse es un imperativo para no quedar en el camino. Los chinos optaron por aceptar el reto de la mundialización y por entrar a competir con esas reglas del juego.

La extensión territorial y poblacional no puede pasarse por alto. Diferencias regionales, zonas de pobreza, bajos niveles de transportación y

comunicaciones, tienen influencias evidentes para acelerar o retardar las políticas innovadoras. Aunque en este terreno China presenta grandes disparidades, ello no ha impedido que el «destape modernizador» sacara de la pobreza a millones de personas.

Una característica que, sin excepción, los analistas resaltan dentro de las «reformas» realizadas en China, tendientes a la asimilación de una «economía socialista de mercado», tiene que ver con la gradualidad del proceso. Sin embargo, muy frecuentemente se ignora que ese escalonamiento fue posible por haberse iniciado las «cuatro modernizaciones» a partir de la agricultura y, en general, por la amplia gama del sector económico individual o privado. El desmontaje del llamado «modelo maoísta» parece confirmar que el sistema económico que posibilita administrar con éxito la pobreza resulta incapaz de generar y distribuir riqueza, sin olvidar que la herencia autoritaria está unida en China a un legado de más de dos mil años.

En el terreno político, el aire modernizador se insufló a partir de «cuadros fundadores de la Revolución», la cabeza más visible y descollante fue la de Deng Xiaoping. No es ocioso mencionar que en Europa los intentos renovadores partieron de «herederos». Sumado esto a la esclerosis de la nomenclatura y la burocracia como elementos refractarios a cambios que pusieran en peligro el *status quo* o, en último término, «cambiar para que todo siga igual».

En el caso de la experiencia modernizadora china no solo entraron en crisis los componentes básicos del modelo económico centralizado. La teoría leninista del Partido no resultó inmovible, sugiere algo así como adecuaciones puntuales; la anterior «herejía» revolucionaria de la toma del poder «desde el campo cercando a la ciudad» ahora parece que integrará, en el futuro próximo, la aplicación consecuente de la «triple representatividad»¹² como secuencia y desarrollo lógico del proceso renovador de la economía.

La «triple representatividad» integra al Partido a obreros, campesinos y los «nuevos hombres dinámicos». Plantea fundir la cristalización, la deducción científica, la experiencia, el rumbo y la ubicación histórica del PCCh. La dirección de la lucha revolucionaria por la conquista del poder político, la construcción del socialismo y la modernización, con su corolario modificador, convirtió al Partido en otro que conduce al pueblo para asumir ese poder y que, además, acumula larga práctica y tiempo en su ejercicio. La organización partidista, se dice, pasó de las circunstancias de dirigir al país bajo el bloqueo exterior y un modelo de economía de planificación centralizada a un Partido que guía los objetivos sociales en las condiciones de la apertura al exterior y el desarrollo de una «economía de mercado socialista». El concepto de la «triple

representatividad» hoy se erige en la plataforma de acción para el Partido, en fuente de estímulo para incrementar y desarrollar las fuerzas productivas y el progreso científico-técnico más avanzado; ampliar la visión teórico-ideológica de la militancia y de todo el pueblo para llevar adelante la causa del «socialismo con peculiaridades chinas».

El PCCh se fundó el 1° de julio de 1921 en Shanghai. En 2006 contaba con más de 71 millones de miembros; de los cuales, 12% eran obreros; 29% funcionarios gubernamentales, personal administrativo de las empresas e instituciones de propiedad estatal y técnicos; 32% campesinos (sin ser un partido agrario); y el restante 27% son soldados, estudiantes y jubilados. Estos datos parecen invertir la pirámide de la concepción leninista del Partido. Por otra parte, la ausencia de un mecanismo institucionalizado en el «modelo bolchevique» en lo tocante a la sucesión en las estructuras del poder político, parece resuelta dentro del espíritu modernizador de China, al menos por el momento. El precedente que sentó Deng Xiaoping de alejarse por voluntad propia de los cargos dirigentes —oficialmente no ostentó ninguno— fue refrendado en el acuerdo del XIV Congreso del PCCh (1992), al limitar a dos mandatos, como máximo, los más altos puestos dentro de la jerarquía del Partido y el Estado. En fin, las «cuatro modernizaciones» de la economía emprendidas desde 1979 en China devinieron una «herejía», en relación con la ortodoxia sustentada en los pilares del «modelo» generalizador que pareció desprenderse del experimento soviético. Lo iniciado como un primer paso en todo este largo camino, sustentado en la categoría de la «etapa primaria del socialismo», puede ser interpretado como versión china de un inicial período de tránsito, en lo referido a las tareas que debió resolver el capitalismo; y en concordancia con la teoría aceptada, esta fase demandará, en la nueva China, unos cien años.

El «socialismo con características chinas» ha servido para fundamentar la gradual asimilación de las palancas monetario-mercantiles y, en especial, el papel del mercado en la economía. Desde la perspectiva histórica, esta tentativa parece confirmar las conclusiones de diversos especialistas: el *modelo clásico socialista soviético no era reformable*. El desmontaje económico-social-político en la renovación de la economía no se sustentó en una estrategia preconcebida; más bien el camino lo mostró lo que arrancó como una práctica reformista.

En definitiva, China está en vías de gestar un nuevo modelo económico-social que aún no ha definido todos sus contornos. No corresponde al «socialismo real»; sus patrones se alejan del «socialismo de Estado», y la «etapa primaria del socialismo» es solo una transición. Los criterios que tienden a identificarlo con el capitalismo

parecen objetivos, al reconocer que cohabitarán variadas formas capitalistas y socialistas por largo tiempo. Pero con independencia de los contornos materiales que adopte, es predecible que la «genética del modelo», aun con rasgos en desarrollo, no será de «igual paño» a los contenidos en los perfiles básicos del «modelo clásico socialista» que desechó la historia.

El «pragmatismo» es causa y efecto de las transformaciones prácticas. «Pasar el río tanteando las piedras» sería una parábola acertada para definir esta situación. Pero la propia vida, en un lenguaje transparente, ratifica que cambios tan radicales nos llevan a las disyuntivas: ¿estamos ante una modernización?, ¿reforma?, ¿revolución?, ¿vuelta al capitalismo? Prueba, además, que lo verificado en el país en el más del cuarto de siglo transcurrido en el empeño de modernizar la economía evidencia que «no se puede pasar un inmenso e impetuoso río tanteando las piedras».

Por último, no debe ignorarse que la gran mayoría de los observadores del acontecer político y económico internacional, los especialistas y sinólogos, coinciden en señalar la increíble velocidad y crecimiento espectacular de China como futura potencia de alcance mundial. Entre otros muchos elementos, dispone de una gama de recursos sin igual, voluntad de ser «país del centro», fuerte posición negociadora —es el mayor mercado emergente del planeta—, medios financieros (sus reservas de divisas superan el billón trescientos mil millones de dólares) e imparable expansión tecnológica. Por ello, el despertar del «dragón rojo» está alterando la política, la economía y la geopolítica globales, impactos a los que se ven abocados tanto las sociedades industriales como en vías de desarrollo.

Notas

1. El factor cultural, sin dudas, no puede obviarse en el análisis de lo acaecido en el «coloso asiático» con el surgimiento de la «nueva China», en octubre de 1949. Baste señalar que, los imperios desaparecidos en el siglo XX, originaron nuevos Estados en el mapa mundial. Dato curioso: la abdicación, el 12 de febrero de 1912, del emperador Pu Yi solo transformó el vasto territorio chino en la República de China. Para una amena e interesante historia del país, véase José Fréches, *Érase una vez China. De la Antigüedad al siglo XXI*, Espasa Calpe, Madrid, 2006.

2. Véase al respecto, Salomón Adler, *La economía china*, FCE, México, DF, 1957.

3. Véase Włodzimierz Brus, *El funcionamiento de la economía socialista*, Oikos-tau Ediciones S.A., Barcelona, 1969.

4. Véase Kewes S. Karol, *China, el otro comunismo*, Siglo XXI, México, DF, 1967.

5. Véase Kewes S. Karol, *La segunda revolución china*, Seix Barral, Barcelona, 1977.

6. En 2006, al cumplirse treinta años del inicio de la Revolución cultural, se efectuó en Beijing un evento a puertas cerradas donde académicos y otros especialistas de las ciencias sociales debatieron acerca de aquellos años. Los resultados no han sido publicados. Para acercarse a esos sucesos véase Deng Rong, *Deng Xiaoping y la Revolución cultural. Su hija recuerda los años críticos*, Editora Popular, Madrid, 2006.

7. Se unió al PCCh en Francia, sobrevivió a la epopeya de la Gran Marcha; Mao lo describió como un «hombre de cerebro redondo e ideas cuadradas»; brilló más por su pragmatismo que por la creación teórica.

8. Desde una óptica de ultraizquierda, estos hechos llevaron al poder a una burocracia civil-militar. Véase Robinson Rojas, *China, una revolución en agonía*, Ediciones Martínez Roca, Barcelona, 1978.

9. Véase Deng Xiaoping, *Problemas fundamentales de la China de hoy*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Beijing, 1987.

10. Al finalizar 2002, el sistema financiero chino contaba con 4 grandes bancos, 6 bancos universales estatales, 181 bancos y otras entidades foráneas (en 2004 había 200 organizaciones, 14 firmas corporativas y 216 oficinas de representación); 83 compañías de finanzas y de *leasing*; estas últimas incluyen 54 agencias de 34 firmas de seguros de 12 naciones; 112 bancos comerciales urbanos; 136 *trust* y asociaciones inversoras; 11 bancos por acciones y la red de cooperativas.

11. Los cambios económicos en China dan lugar a variadas glosas —de retorno al capitalismo, entre otros. Véase Martín Hart-Landsberg y Paul Burkett, *China y el socialismo*, Hacer, Barcelona, 2006. Una síntesis analítica de los debates en Julio A. Díaz Vázquez, «China: ¿reforma o revolución?», *Utopías*, v. I, n. 191, 2002, Madrid, pp. 119-25.

12. Véase Jiang Zemin, «Informes ante el XV y el XVI Congreso Nacional del PCCh», *Beijing Informa*, n. 40, 1997, Agencia Xinhua, Beijing, 8 de noviembre del 2002.